



Biblioteca escolar

School library

Elisa López Velasco[†]

(1884-1935)

Maestra del Grupo Escolar «Cervantes» de Madrid, España

Resumen

En esta sección se presenta la reedición del artículo *Biblioteca escolar*, de Elisa López Velasco, maestra en el Grupo Escolar «Cervantes» de Madrid. El artículo —que fue publicado en el quinto número de la revista *Escuelas de España*, en 1934—, aborda la importancia de este espacio en los centros educativos, ensalzando la importancia del libro en la enseñanza y para el alumnado. Se trata de un texto que en ocasiones pareciera un manifiesto a favor de la lectura, y que pone en valor el espacio y funcionamiento de la biblioteca escolar en los centros de enseñanza, en una época en la que López Velasco ya había participado de las misiones pedagógicas, llevando la cultura a aquellas zonas inhóspitas de la España vacía. Esta reproducción es presentada por Teresa Rabazas Romero y Carlos Sanz Simón, investigadores del Museo de Historia de la Educación «Manuel Bartolomé Cossío» de la Universidad Complutense de Madrid. En su introducción, se presenta una breve reseña biográfica sobre la vida y obra de una de las maestras más representativas del primer tercio del siglo XX en España.

Palabras clave: Historia de la Educación en España; Elisa López Velasco; biblioteca escolar; escuelas de España.

Abstract

This section presents the reissue of the article *Escuela Biblioteca*, by Elisa López Velasco, a teacher at the «Cervantes» School Group in Madrid. The article —which was published in the fifth issue of the magazine *Escuelas de España*, in 1934— addresses the importance of this space in educational centers, extolling the importance of books in teaching and for students. It is a text that sometimes seems like a manifesto in favor of reading, and that highlights the space and operation of the school library in schools, at a time when López Velasco had already participated in missions pedagogical, taking culture to those inhospitable areas of empty Spain. This reproduction is presented by Teresa Rabazas Romero and Carlos Sanz Simón, researchers at the «Manuel Bartolomé Cossío» Museum of the History of Education of the Complutense University of Madrid. In its introduction, a brief biographical review is presented on the life and work of one of the most representative teachers of the first third of the 20th century in Spain.

Keywords: History of Education in Spain; Elisa López Velasco; school library; Spanish schools.

Presentación

Elisa López Velasco fue una de las maestras de la *élite pedagógica* de la España del primer tercio del siglo XX. Vinculada a instituciones como la Residencia de Estudiantes, la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas —JAE en adelante—, su labor desempeñada en el Grupo Escolar «Cervantes» o en las misiones pedagógicas, dan cuenta del protagonismo y la relevancia que tuvo esta maestra en el panorama educativo nacional. En palabras de Elvira Ontañón, López Velasco fue «un producto de la renovación educativa española de principios de siglo y un ejemplo de persona que se hace a sí misma» (Ontañón, 2003, p. 159).

Nacida en Mollina (Málaga) en 1884, estudió magisterio en Sevilla y ejerció en Villablanca (Huelva) y Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), para posteriormente continuar sus estudios en la Escuela Superior de Magisterio de Madrid, especializándose en la rama de labores. En la capital trabajó un año en el Instituto-Escuela y, desde 1920, en el grupo escolar «Cervantes» (Valbuena, 2015). Sin embargo, su interés por la enseñanza y su propio desarrollo formativo continuaron presentes, lo cual le llevó a solicitar en reiteradas ocasiones ser pensionada por la JAE. En su primera solicitud, en 1913, se puede observar su vocación por la enseñanza de las mujeres. En ella, justificada por la necesidad y la novedad de educar a las mujeres en España, parte de la idea de que la madre es la primera educadora, e hizo hincapié en la necesidad de formar a las mujeres adultas (Marín, 1991). Sin embargo, su primera pensión le llegaría en 1921, siendo maestra auxiliar del grupo escolar «Cervantes». Acudió a Francia, Bélgica y Suiza bajo la dirección del profesor Ángel Llorca —director del mencionado grupo escolar—. Un itinerario que ampliaría en 1925 a Francia, Alemania, Suiza y Austria, también acompañada por Llorca. Allí acudiría al III Congreso Internacional de Escuelas Nuevas de Heidelberg y asistió a cursos de perfeccionamiento en el Instituto Jean Jacques Rousseau (Marín, 1991). Además, también estuvo vinculada a la Residencia de Señoritas, donde aparece como becaria en los registros de los años 1918 y 1919 (Pérez-Villanueva, 1990); y a las colonias escolares de la ILE, participando en la 40ª y 49ª ediciones —de 1923 y 1927 respectivamente—. No obstante, su trayectoria ha trascendido en el estudio del campo histórico-educativo por sus aportaciones en el ámbito del dibujo, materia de la cual era especialista y en la cual ejercía (Cuenca, 2003; Collados, 2010; Valbuena, 2015). De sus trabajos, hay que señalar sus manuales sobre *La enseñanza del dibujo en la Escuela Primaria*, editado en 1933 por Espasa Calpe y compuesto de cuatro volúmenes (Cuenca, 2003; Collados, 2010). También hay que destacar el trabajo de López Velasco como integrante de las misiones pedagógicas, una iniciativa vinculada a la Institución Libre de Enseñanza (ILE) para llevar la educación y la cultura a las áreas más recónditas de España. Una empresa en la que colaboraron —según indica Tiana (2016)— más de ochenta profesionales, desde Amparo Cebrián Fernández-Villegas a Juan Monge, pasando por maestras que, como Justa Freire, también trabajaban en el Cervantes. Entre 1932 y 1934 se produjo su colaboración con las misiones. Durante estos años, hay que destacar su implicación en una expedición por pueblos de la provincia de Segovia —Zarzuela del Pinar, Aldearreal, Pinarnegrillo, Navalmanzano y Aguilafuente, entre otros— junto a Dolores Ballesteros, Pablo de Andrés Cobos y Pablo Gutiérrez Moreno. Asimismo, también aparece en los registros de otras visitas a pueblos de las provincias de Ávila, Castellón, Huesca, Madrid, Málaga, Toledo o Segovia en 1934. Sin embargo, su vinculación a Segovia no se hizo palpable únicamente a través de su labor en las misiones. También colaboró como redactora en la revista *Escuelas de España* —editada desde esta ciudad castellana—, tal y como aparece en varios números de 1934. Una revista que fue dirigida por David Bayón Carretero, Norberto Hernanz Hernanz y por Pablo de Andrés Cobos, con el cual, como se ha señalado anteriormente, coincidió en las misiones en la mencionada provincia.

Finalmente, la trayectoria profesional de Elisa López Velasco se vio truncada prematuramente, cuando falleció repentinamente en 1935. La *Revista de Escuelas Normales* —otra de las principales publicaciones pedagógicas de la época— dijo entonces de ella que “era una maestra de gran vocación y entusiasmo por la escuela y sus problemas” (*Revista de Escuelas Normales*, 1935). Una maestra que, en definitiva, se mostró preocupada por su propia formación y por las necesidades de la educación en España, con especial hincapié en lo relativo a la enseñanza del dibujo y a la alfabetización de aquellas partes del país más olvidadas.

Carlos Sanz Simón y Teresa Rabazas Romero

Museo de Historia de la Educación «Manuel Bartolomé Cossío». *Universidad Complutense de Madrid*

Biblioteca escolar, por Elisa López Velasco

La vida cultural de cada ser procede de estas fuentes de conocimiento: la naturaleza, el arte, el pensar. Las dos primeras dándole nociones empíricas por la sensación; la última, elaborando esas percepciones y otras anteriores a la experiencia y creando el saber asociativo consciente, la más superior vida del espíritu.

En esta capacitación del ser por asimilación del medio y ordenación de su conciencia encontramos altos valores para las lecturas en todas edades. Lee el niño, lee el adulto, escucha leer el anciano. Si valoramos el saber adquirido por nuestras lecturas en el transcurso de la vida y pudiésemos entresacar lo que debe nuestra conducta a ellas, admiraríamos el poder lento, perseverante, bueno o malo, que imprimió a nuestra actividad.

La escuela parte o puede partir en toda su labor de la enseñanza del lenguaje; enseña a hablar con corrección y enseña a leer. Lenguaje deben ser las clases de Geografía, de Ciencias, de Historia, etcétera; se habla, se entiende, se razona, se dibuja, se escribe. He aquí el proceso.

El niño, por tanto, puede estar sometido en su vida escolar a un régimen que afirme, por así decirlo, cuantas percepciones la vida le dio y enlace a este saber espontáneo y subconsciente, nociones, claras por interesantes voces adecuadas según amplía las ideas.

Esta labor de evolución consciente, de intensidad perceptiva, de facilidad verbal y de expresión gráfica, se realiza en la escuela por la palabra del profesor, por el diálogo con los niños, la lectura y escritura y el dibujo.

En principio el niño tiene más nociones o ideas que palabras; percibe múltiples sensaciones que no sabe expresar; de aquí su equívoca y graciosa charla; quiere decir cuánto conoce y la vacilación verbal obedece no a imperfecta articulación fonética, salvo casos de perturbación patológica, sino a dificultades asociativas entre las ideas y su expresión oral; este proceso lo adquiere el niño por imitación. Habla porque oye hablar; conoce por propia experiencia y razona en virtud de su natural actividad mental, con nociones elaboradas mediante la sensación.

Todo este proceso constructivo puede favorecerlo la escuela, haciendo que la marcha sea paralela entre el conocer y la palabra, entre el razonar y el lenguaje.

En un primer tiempo, cuando el niño aprende, está sometido a recibir por la palabra del maestro y por la propia experiencia todo el saber escolar: le enseñan; más tarde, cuando llega a dominar el lenguaje, aprende, es él su propio maestro, por intermedio del libro. En la familia aprende a hablar, en la escuela aprende a leer y perfecciona su vocabulario.

Leer supone un automatismo articulatorio en virtud del cual los sonidos suceden a impresiones visuales; una interferencia entre esas percepciones y sus localizaciones cerebrales que, despertando las imágenes, las asocian en vida consciente, y, por último, un reflejo o proyección de esa conciencia del discurso, acusada en la expresión del semblante, la mirada y la entonación, es la lectura en alta voz; pero leer para sí es incorporar a nosotros las ideas que otro espíritu proyectó en el escrito, es unificar dos conciencias en fusión espiritual muchas veces. Supone que cada idea, cada frase y cada pensamiento, encuentre en el lector determinadas resonancias.

La función primordial de cultura en la escuela es enseñar a leer y mantener el gusto por la lectura; lo primero lo ha realizado siempre, acaso con detrimento del segundo, en todo un período de la historia la escuela; mas hoy se considera que la formación del individuo mira al futuro, y en la vida pretérita del niño tiene un valor insustituible el amor al libro.

A ello responden las bibliotecas escolares. Toda escuela debe tener libros para la enseñanza, y la biblioteca. Los primeros darán uniformidad al trabajo de clase, la segunda, variedad múltiple según las naturales tendencias infantiles y grato placer en muchas horas no escolares.

Al tratar de una biblioteca en la escuela hemos de fijar las condiciones que deben reunir los libros y las circunstancias del lector, además de las relaciones entre ambos, es decir, la organización.

Respecto al libro, adecuación y belleza, valores externos que tendrán una amplia resonancia interna si están firmemente resueltos.

Adecuación es difícil modalidad en cuanto supone el conocimiento del niño en sus varios momentos psicológicos y saber la característica de la obra.

Pide en principio haber fijado en cada edad qué interés despierta en el niño la lectura o cuáles debe despertar. Así, por ejemplo, observando la realidad escolar haríamos en la biblioteca dos grandes secciones. Libros de estampas y libros de lectura, observación que tiene un amplio sentido y da clara

idea del contingente escolar.

En la escuela existen niños que no saben leer o leen poco, y niños que leen. La biblioteca tendrá libros para todos. Es la primera adecuación, la externa, la que busca dar a cada uno, según sus posibilidades, idénticos beneficios: el placer. La misma formación espiritual con distintos medios. Los niños pequeños tendrán, por tanto, sus libros, y verdaderos libros de lectura, porque en ellos les hablará la vida y la naturaleza por la forma y el arte por el color.

Hay en el niño de todas edades una espontánea preferencia por los libros de imágenes; pero, aunque este placer perdure más o menos durante la vida escolar. ¿Qué nueva modalidad presenta la infancia desde los seis años, que alcanza un gran predominio dos o tres años más tarde y continúa para decrecer al final del período escolar?

La imaginación, la fantasía, lo grandioso realizable en su mundo infinito de creaciones; el niño da realidad imaginada (no otra cosa son las grandes creaciones del arte) a cuentos y leyendas; le gustan las aventuras, los libros de viajes, las empresas fabulosas, los hechos heroicos. La biblioteca de puro goce espiritual tendrá los mejores cuentos, las más bellas leyendas y los más atrevidos descubrimientos geográficos y las no menos interesantes hazañas de conquistadores y héroes.

Y más tarde, cuando sin decrecer el mundo de la fantasía aparece la curiosidad intelectual, cuando más seguro de sus percepciones quiere aclararlas, ensanchando el campo de su conciencia; cuando siente la poesía no como ritmo, sino en su contenido ideológico; cuando las heroicas empresas de hombres reales le admiran y puede seguir bien la trama novelesca y la belleza descriptiva, es hora de poner a su disposición las más adecuadas entre las mejores obras de los buenos autores: novela, poesía, Teatro, viajes, etc., etc.

Además, en todo tiempo escolar, después del trabajo de clase, si fue interesante y la escuela no es libresca, el niño sentirá el deseo de confirmarlo por experiencia propia, enterarse sin intermediarios, aclarar sus dudas: esta autoinstrucción aparece sobre los diez años y supone que la obra escolar, el trabajo de clase, sea más que un llenar las cabezas infantiles, un despertar curiosidad, interés, fomentar en suma el esfuerzo individual o, como decía Ortega y Gasset en una de sus conferencias, “tirar piedrecitas al lago” inmenso del alma infantil y despertar inquietudes que las lecturas puedan satisfacer en un determinado sentido.

Convendrá, por tanto, tener a disposición de los niños obras culturales en las diversas enseñanzas, enciclopedias o por asuntos, adecuadas en desarrollo y extensión.

La cualidad de belleza es primordial: tiene el libro bien editado un poder indirecto de formación educativa, como lo tiene el trato constante con personas de correctas formas sociales. Un libro bello impone respeto, y ante él hay la impresión estética y el instintivo cuidado al usarlo. La belleza de un libro escolar está principalmente en la encuadernación y en las ilustraciones, y han de ser bellos en el color y en los grabados. Por fortuna, aparecen en nuestro mercado librero ilustraciones de buen gusto y ediciones de una bella sencillez.

Relaciones entre el libro y el niño

Es propiamente la organización: no basta conocer el interés psicológico en las distintas edades, ni señalar las cualidades materiales del libro; hay que actuar, es decir, relacionar al lector con la lectura del modo más educador. Esto supone una visión de conjunto en la obra de la escuela. Supone también, tal como la concebimos, un nuevo concepto del tiempo escolar y una especial manera en su organización.

Toda escuela debe tener biblioteca escolar; en muchas la hay; es un organismo circunescolar que realiza su función dependiente de la escuela, pero fuera de la misma.

El libro se presta por más o menos tiempo. No la concebimos así. En el estado actual de nuestra enseñanza nos situamos en un plano ideal realizable: pedimos que la escuela permanezca abierta para el niño sin limitación, desde la mañana a la noche, que sea su segunda casa, que encuentre allí siempre ambiente familiar, afecto acogedor; que sea conjuntamente lugar de aprender y lugar de placer y satisfaga y despierte con sus medios y actitud alentadora las actividades naturales de la infancia que llenan la vida del niño.

Se ha dicho en muy reciente fecha, y en un Congreso de Protección a la Infancia, que “todo niño al nacer debe ser rico”, entendiéndose por tal satisfacer plenamente sus necesidades de niño, ya que sólo por serlo tiene derecho a ello.

Y aunque esto de momento sea una utopía (la realidad social que vivimos condena a la miseria más espantosa a millares de niños), hay perfecto derecho a desear y pedir que la escuela ofrezca a los niños

un medio educador más confortable y eficaz que el de sus casas y los retenga en ella el mayor número de horas posibles.

El defecto principal de nuestra enseñanza, lo desalentador para el hacer cotidiano del maestro, es la ineficacia que observa en su labor educativa, contrarrestada casi siempre por el ambiente familiar. La casa destruye o retrasa el resultado educativo, porque en su deficiente preparación y en su inconsciencia ni afirma ni coopera a los altos fines humanos que la escuela busca.

El niño permanece hoy en su casa más horas que en la escuela y hay que invertir los términos, y no a modo forzoso, con violencia ni imposición: que la escuela abra sus puertas, que disponga su ambiente, que tenga el número suficiente de maestros, que prepare sus medios, que busque el interés unido al afecto, que su personal unifique el esfuerzo en una doble visión de autoridad inflexible para el deber y de libertad y amor para el hacer, y el niño vendrá a la escuela gozoso y permanecerá en ella con placer largas horas.

La escuela, por tanto, ha de estar abierta todo el día, y su personal, suficiente, atenderá las horas de clase y las de vida familiar, horas de la mañana, horas centrales del día, horas de la tarde; en éstas deberá funcionar la biblioteca escolar.

¿Cómo debe organizarse? En todo grupo escolar o grupo de escuelas unitarias puede haber un maestro o maestra encargado de esta función. A su cargo también la biblioteca circulante familiar.

Dos condiciones necesita para llenar su cometido: conocer al niño lector para poderle aconsejar, y leer o saber de qué tratan todos los libros que tiene y adquiera la biblioteca. Lo primero no es difícil si toma parte activa en la obra de la escuela y está identificado con sus fines; lo segundo es más sencillo, porque es limitado el número de libros en una pequeña biblioteca y puede aprovechar las horas a ella dedicadas.

Ahora bien, tal biblioteca no ha de entenderse tan reglamentada y rígida como un mecanismo más dentro de la escuela, no: la biblioteca estará aquí como están los libros en una familia, al alcance de todos para el uso a determinadas horas; ni es una sala de lectura ni constituirá un organismo que inhíba el deseo de leer. Los libros estarán en uno o varios estantes, en sitios diferentes a las salas de clase: una galería, un buen pasillo, alguna habitación que se use a otras horas para trabajos distintos, un rincón del patio o jardín, sitios varios agradables y confortables, etc., etc., cualquiera puede aprovecharse si reúne las condiciones de espacio, luz y decoración, sin olvidar la conveniencia de que el maestro pueda ver a todos los lectores con facilidad.

Los niños que terminan sus tareas escolares y quieren leer (téngase en cuenta que la escuela bien organizada atiende suficientemente al recreo), cogen, sin más intermediarios, el libro, escriben un sencillo impreso con el nombre, con el título, con la fecha, y lo colocan en el fichero; estos impresos pueden servir para estadísticas de obras preferidas por los pequeños lectores; pueden sentarse donde estén más cómodos y les sea más grato. Si alguno pregunta al maestro sobre los libros nuevos, revistas, lo que desea leer, etc., el maestro debe informar, y le favorecerá conocer al niño.

La asistencia a la biblioteca se declara libre; pero hay que despertar el gusto por la lectura, y puede hacerse por la lectura en alta voz.

Una tarde a la semana, el maestro leerá para todos algún capítulo o trozo de un libro nuevo; después entrará este libro en circulación; será el modo de despertar el interés y señalar las obras que convienen al mayor número.

La actuación del maestro en estas horas de lectura es quedar al margen del trabajo escolar, y, a modo montessoriano, ser elemento de reserva, de consulta y de autoridad cuando se necesite o no haya el respeto mutuo entre los lectores o de éstos para el libro.

Estas reglas externas en una escuela de ambiente educador casi no han de formularse, porque se vivirán de continuo: respeto al libro, respeto al compañero. Virtudes individuales del niño para las cosas que la escuela le ofrezca como suyas; virtudes sociales que la convivencia escolar impone como norma de conducta.

Las cosas las usa de continuo en el trabajo de clase; los libros los usa también, sabe el respeto que les debe; los de la biblioteca son, como los de clase, para su uso adecuado y respeto constante.

El derecho suyo limita el derecho de otros; no debe pasar este límite; es la ley de la libertad escolar; además, veracidad en sus relaciones, tolerancia y compañerismo. Estas afirmaciones pueden o no tener realidad: dependerá del maestro; la hora de la lectura ha de continuar el tono educador de la escuela, ya que todo el hacer en ella será colaboración a los fines proyectados.

Sintetizando, resumiríamos así la organización y funcionamiento de una pequeña biblioteca escolar: uno o varios estantes con libros, clasificados en secciones y al alcance de los niños: 1.º Libros de

estampas y revistas; 2.º Cuentos, leyendas y aventuras; 3.º Biografías y viajes; 4.º Novelas, poesía y teatro; 5.º Enseñanza. Estarán numerados (un modo podría ser reservar la numeración del 1 al 100 para la sección de estampas y revistas; del 100 al 500, a cuentos y leyendas y aventuras, y las sucesivas cada 100 números a cada sección y 100 a la de enseñanza); esto permitiría numerar correlativamente las adquisiciones de libros nuevos sin tener que recurrir al número bis. Forrados de un color cada sección, con epígrafes del grupo a que pertenece en las cubiertas; el número en el lomo y dentro. En cada estante dos series de papeletas. Una impresa con estos o parecidos epígrafes: "Título, autor, lector y fecha", y otra papeleta "Reservado", y en blanco el nombre. Aquélla la colocará en el fichero al coger el libro; en la blanca pondrá su nombre, la fecha y la palabra "Reservado", que ya puede ir impresa si se quiere, y que se coloca dentro del libro en la página que lee, si le interesó y quiere continuarlo.

Todo niño es libre para asistir o no a la biblioteca fuera de las horas de clase; llega al estante y libremente puede coger un libro sin más limitación que respetar los reservados, cuyas papeletas se verán a simple vista.

Los niños que no saben escribir recurren al maestro para estos requisitos previos, y todos pueden consultarle cuando crean oportuno, sentándose a leer después donde les plazca. Concluida la lectura, haya o no reservado el libro, él mismo lo colocará en su sitio, siguiendo la numeración.

El maestro intervendrá en todo momento para facilitar la rapidez y ayudar con su consejo; estará siempre atento al trato debido a los libros y evitará que se tomen con manos sucias. Como la escuela debe tener a disposición de los niños medios de asearse, bastará una pequeña indicación y el lector estará correcto. Hay que hablarles a la conciencia y al sentimiento en tono confidencial, y puede más una advertencia afectuosa que una orden autoritaria.

La vida infantil tiene un predominio sentimental que el maestro debe aprovechar eficazmente en la valoración personal del pequeño lector. Además, dentro de cada libro, adicionado, pueden ir algunos consejos y advertencias muy simplificados sobre el trato y respeto que al libro se debe.

Otra regla externa es el tono de la voz; durante la lectura se hablará sin voz, se andará sin ruido y se evitarán discusiones.

Los libros pueden conservarse, en un primer caso, con la papeleta indicadora "Reservado"; después, guardando un turno de peticiones que llevará el maestro. El lector que pase ocho días sin hacer uso del libro que reservó, pierde tal derecho si otro lo solicita.

Del cuidado externo del libro, forro, etiqueta, epígrafes, deterioro, etc., se ocuparán los niños mayores de la escuela en la clase de trabajo manual o talleres de cartonería, si los hubiese; de su colocación ordenada y revisión frecuente se encargan otros.

Todo servicio para niños, por niños ha de hacerse; trabajos de colaboración y recíproca ayuda que enlazan el sentimiento humano de comunidad social y lo funden en un mutuo servicio de bien colectivo.

El maestro será el control que dé valor con su autoridad y buen sentido pedagógico a la acción educadora que la escuela se propone. A su cargo también un fichero con notas subjetivo objetivas sobre los nuevos libros que se reciban. Estas notas, por secciones y orden alfabético, serán indicadoras del contenido de cada libro y ayudarán en momento oportuno al consejo que se solicite o a la opinión que se deba dar.

Referencias

- Collados Cardona, E. (2010). La enseñanza del Dibujo a través de los libros de texto de educación obligatoria publicados en España (1915-1990): Estudio bibliométrico de contenidos. *Revista de Educación*, 352(mayo-agosto), 517-544.
- Cuenca Escribano, A. (2003). La obra de Elisa López Velasco. *Arte, individuo y sociedad*, 15, 73-81.
- Marín Eced, T. (1991). *Innovadores de la educación en España: Becarios de la Junta para Ampliación de Estudios*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha.
- Ontañón, E. (2003). *Un estudio sobre la Institución Libre de Enseñanza y la mujer*. Valencia: UPV.
- Pérez-Villanueva Tovar, I. (1990). *La Residencia de Estudiantes. Grupos universitario y de señoritas. Madrid, 1910-1936*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia.
- Revista de Escuelas Normales. (1935). Noticias. *Revista de Escuelas Normales*, 13(112), 157-159.
- Tiana Ferrer, A. (2016). *Las misiones pedagógicas. Educación popular en la Segunda República*. Madrid: Catarata.
- Valbuena Canet, C. (2015). La obra de Elisa López Velasco: la enseñanza del dibujo orientada por la

Escuela Activa. En N. Padrós, E. Colleldemont y J. Soler (Eds.), *Actas del XVIII Coloquio de Historia de la Educación: Arte, literatura y educación. Vol 2.* (pp. 261-273). Vic: Universitat de Vic-Universitat Central de Catalunya.